Sociología y literatura. Dos observatorios de la vida social. Lecturas de un sociólogo. Fernando Álvarez-Uría. Ed. Morata, Madrid, 2020.

FICCIONES QUE ILUMINAN LA VIDA SOCIAL SOCIOLOGÍA Y LITERATURA UNIDAS PARA LA OBJETIVACIÓN DE LOS GRANDES PROBLEMAS SOCIALES

En las páginas finales de su ya clásico libro sobre *La imaginación sociológica* C. Wright Mills incluye un brillante *anexo* “Sobre artesanía intelectual” en donde recomienda a los investigadores sociales alejarse tanto de *adoptar una pose académica* como del *fetichismo del método y de la técnica* para adoptar un oficio que implica abrirse a otros modos de ver y de pensar. ¿Cuáles son los grandes problemas sociales que en la actualidad, a juicio de una buena parte de los sociólogos, atenazan a nuestras sociedades y cómo podemos objetivarlos mejor para contribuir al perfeccionamiento social? Voy tan solo a enumerar siete de los grandes problemas que, en tanto que investigadores del mundo social, en tanto que analistas de nuestras sociedades, nos preocupan especialmente. En primer lugar, en nuestro país, tanto el llamado *procés* catalán como el empuje de los nacionalismos periféricos han vuelto a replantear en el interior del llamado *Estado de las autonomías* la cuestión de la problemática *unidad nacional*. En segundo lugar, uno de los problemas recurrentes en la sociedad española es el de *la corrupción* que ha generado entre los ciudadanos un distanciamiento cada vez mayor de la clase política, tal como lo reflejan las encuestas del CIS. ¿Cómo podemos avanzar hacia un mayor perfeccionamiento moral que permita que las relaciones de solidaridad prevalezcan sobre los comportamientos y sentimientos egoístas? En tercer lugar, y desde la perspectiva de las poblaciones más conservadoras la mayor parte de los problemas se sintetizan en la cuestión de la estabilidad familiar, una cuestión que sigue siendo fundamental para el sostenimiento de *una sociedad de familias* relativamente consolidada. En cuarto lugar, una de las principales características de nuestras sociedades modernas es el proceso de individualización, un proceso que en el siglo XXI se ha visto reforzado e intensificado por los procesos de psicologización. Los sociólogos clásicos, y especialmente Marx, Max Weber y Durkheim, pero también algunos grandes sociólogos modernos como Anthony Giddens, Norbert Elias, Christopher Lasch y otros han incidido sobre esta cuestión. En quinto lugar, para la mayor parte de los ciudadanos *la cuestión social*, las grandes desigualdades sociales existentes en nuestras sociedades occidentales se manifiestan especialmente en la actualidad por el paro y la precarización laboral que constituyen hoy *la nueva cuestión palpitante*. En sexto lugar, el siglo XX ha sido caracterizado por otros sociólogos como el siglo de la emancipación de las mujeres y sin duda las luchas contra la dominación masculina son una de las principales características de nuestro tiempo. En séptimo, y último lugar, tras la Segunda Guerra Mundial, tras el tiempo de los totalitarismos algunos sociólogos como Erving Goffmann han defendido la centralidad de los procesos de democratización que implican un cuestionamiento radical de las llamadas instituciones totales diseminadas por nuestras sociedades. Sin duda existen otros problemas esenciales muy diversos que preocupan a los sociólogos, pero la cuestión de la formación de la unidad nacional, la cuestión de la formación de una moral laica, la cuestión de la seguridad de las familias, la cuestión del repliegue de los individuos en un mundo interior, la cuestión del paro y el trabajo precario, la cuestión de la emancipación de las mujeres, en fin, el cuestionamiento de las instituciones totales son siete de las grandes cuestiones que están sin duda en la actualidad en las agendas de la mayor parte de los científicos sociales.

¿Preocupan los siete problemas que hemos enumerado a los escritores y novelistas a la hora de elaborar sus obras literarias? ¿Preocupan a los literatos los problemas sociales y los convierten en los principales objetos de sus novelas? En el nº 28 de la Revista *Papiers*, la revista de *France Culture*, cincuenta y cuatro escritoras y escritores, en su mayoría novelistas franceses, responden a la pregunta que les plantearon los editores de esta publicación: *¿Por qué escribe usted en una época ampliamente dominada por la imagen?* En realidad con esta encuesta *France Culture* trataba de rendir un homenaje a los surrealistas que cien años antes, en 1919, en la inmediata postguerra, plantearon desde la revista *Litterature* prácticamente la misma cuestión a los escritores de aquel tiempo: *En realidad, ¿por qué escribir?* Hoy, como ayer, las respuestas son muy distintas. Hay novelistas que escriben para conocerse mejor a sí mismos; otros señalan que escriben por afición a contar cuentos, o para entretener a sus lectores; otros se sienten movidos por un deseo incontrolable de sumirse en mundos caóticos; en fin, no faltan algunos, como Paul Valéry, que dicen escribir *por pura debilidad*. Son muchos los escritores que creen descubrir en las novelas el principal soporte de la libertad de imaginar y crear

mundos nuevos, fruto de imaginaciones portentosas, pero también existen algunos novelistas, los menos, que son conscientes de que la escritura es capaz de revelar verdades ocultas en mundos ocultos por lo que la literatura es inseparable del perfeccionamiento cognitivo de las realidades sociales.

¿La literatura nos puede enseñar algo sobre la realidad social y tener un efecto sobre ella, y, por ende, tener una repercusión en la vida de las personas? ¿La literatura puede terminar por suplantar a la propia realidad y convertirse en una mera representación ideológica de aquella? ¿Es necesario el encuentro entre sociología y literatura para avanzar hacia una mutua y leal colaboración? ¿Es posible esta colaboración recíproca? Y si fuera así, ¿en qué términos debería plantearse? El reciente libro de Fernando Álvarez-Uría, *Sociología y Literatura, dos observatorios de la vida social* es un intento de avanzar respuestas a estos interrogantes. La principal finalidad de este libro, por tanto, no radica en proponer simplemente una sociología de la novela, ni tampoco en retomar una sociología del campo literario, al estilo de los estudios realizados por Pierre Bourdieu, y en nuestro país por parte de Luis Mancha, aunque sin duda las relaciones de poder que atraviesan las producciones literarias no son ajenas a las problematizaciones sociológicas que el autor trata de desentrañar. La principal propuesta de su libro es a la vez epistemológica y metodológica, y sigue la senda abierta por Wright Mills y los sociólogos críticos. Con frecuencia las obras literarias, como ocurre con las obras de arte, son sacralizadas y codificadas, reducidas a espacios y tiempos unidimensionales, ahistóricos, lo que dificulta su relectura con una mínima inscripción socio-histórica. Lo que se nos propone, en síntesis, es realizar indagaciones sistemáticas contextualizadas en el imaginario literario para tratar de proyectar luz sobre nuestros mundos sociales en el presente.

El autor recurre a un “experimento”, según sus propias palabras, para probar la validez de su propuesta, que esencialmente consiste en poner a punto herramientas metodológicas para focalizar la mirada en un “archivo de obras literarias” con el fin de construir el objeto de investigación. A primera vista estas *Lecturas de un sociólogo* implican un enorme campo de dispersión que va desde la más que problemática construcción de los Estados nacionales en los países del Sur de Europa y de Latinoamérica; el uso de la violencia terrorista revolucionaria en la Rusia zarista y su legitimidad moral como instrumento de transformación social; hasta los nuevos estilos de pensar propios del individuo burgués alejado de la mediocridad de las clases populares y reflejado en las novelas policiacas de la Inglaterra victoriana. En el libro se analizan también las nuevas formas de ser sujeto que inaugura el psicoanálisis freudiano y la conversión de las biografías en historias clínicas, cuyo epicentro estuvo situado en la Viena de finales del S. XIX, así como las transformaciones de los tiempos sociales ligados al estatuto precario de los trabajadores debido a la precariedad y a la escasez del trabajo en los Estados Unidos de la década de los años veinte, analizados desde las peripecias vitales y errantes de los *hoboes*, trabajadores *nómadas*. En el libro se lleva a cabo una sociogénesis acerca de la emancipación de las mujeres de diversas clases sociales e ideologías en la España de la II República y de la Guerra Civil española, así como una problematización de las instituciones y su influencia directa en los actos cotidianos, como es el caso bien ilustrado del Manicomio de *St. Elizabeth* estudiado por Erving Goffman como paradigma de lo que denominó “institución total”.

Estos “registros”, como los denomina el autor, van a servir para hacer análisis de diferentes discursos vinculados al campo literario que le ayudarán a realizar un trasvase de los conocimientos de los escritores con el fin de matizar nuestros diagnósticos sociológicos de la realidad. *La literatura*, escribe Fernando Álvarez-Uría, *puede ir más allá de la sociología en el descubrimiento del mundo social siempre que no dé la espalda a la realidad social, proporcionando líneas de reflexión a una sociología comprensiva y crítica, a la vez que la sensibilidad sociológica proporciona a la creatividad del novelista una radicalidad especial, próxima a las exigencias de la búsqueda de la verdad científica* (p. 379).

El primer capítulo del libro tiene como trasfondo el proceso de aceleración histórica que supuso la formación de la unidad nacional italiana en la época de Garibaldi y la aparición de un orden burgués, “el tiempo del mundo moderno”, en oposición a las costumbres y los hábitos inveterados del Antiguo Régimen. Esta ruptura radical de una manera de ser y de hacer dio paso a la emergencia de nuevos actores sociales y a nuevas visiones del mundo, testimoniados de manera particular en la obra “El Gatopardo” de Lampedusa. Fernando Álvarez Uría establece una afinidad ideológica entre esta obra y los postulados mantenidos por el politólogo y científico social Gaetano Mosca, en tanto hay una desconfianza ante las rupturas históricas violentas, no muy alejados de los planteamientos de Norbert Elías. La dificultad de integrar lo viejo en lo nuevo, y la no aceptación por las élites dominantes del mundo que emergía, tuvo como consecuencia un efecto retardatario en las construcciones de los nuevos proyectos nacionales del Sur de Europa, de ahí la expresión acuñada por Leonardo Sciascia de “Sicilia como metáfora política”. La incertidumbre de los tiempos modernos, la consciencia de la irreversibilidad de la historia y el desafío que representaban los

nuevos estilos de pensar con sus prácticas asociadas colisionan con el *mundo del ayer*, pues como dice uno de los personajes de la obra *Viejos y jóvenes*, escrita por Luigi Priandello, “El tiempo de los viejos no volverá, pero nada sabemos de las alternativas de futuro, nada sabemos de lo que en el futuro harán los jóvenes” (p.85).

El segundo capítulo trata acerca de la situación feudal en Rusia a finales del S. XIX y la aparición del nihilismo como movimiento contracultural frente al zarismo, descrito por algunos novelistas rusos como Dostoievski, Tolstoi, Turgenev o Cheryshevski. Estos escritores ponen en el centro de la vida *la cuestión moral* y sus concomitancias con *la cuestión social*, entre otras cuestiones porque el surgimiento del hombre nuevo que tendría que deparar el advenimiento del socialismo no puede sustentarse en el enfrentamiento entre clases sociales, incompatible con una nueva moral, la moral de la ciudadanía. Tal es el planteamiento del príncipe y escritor ruso Kropotkin. “En la vieja Rusia amanecía una nueva religión de la humanidad” (p. 102), según Álvarez Uría, por lo que hay que conformar “(...) unos cimientos morales compartidos, asentados sobre bases históricas racionales, que sirvan a su vez a nuevas conquistas morales en la historia” (p. 101). En el último tercio del siglo XIX los escritores rusos tuvieron un protagonismo especial en torno al *problema ético*, por lo que un examen atento de las obras de la época le sirve al autor para objetivar los obstáculos que impidieron un proyecto progresista basado en una moral laica y democrática, pues las propuestas antagónicas que representaron los respectivos proyectos revolucionarios y conservadores, la pugna entre lo urbano y lo rural, entre padres e hijo, entre intelectuales y burgueses, entre el arte y la ciencia, entre el romanticismo y la ciencia no son también sino “la oposición entre la búsqueda de una ética laica y la moral burguesa occidental troquelada en moldes heredados de las religiones” (p.108).

En el capítulo tercero, el sociólogo se presenta con las armas del detective privado Sherlock Holmes, como un explorador del cambio social, en una búsqueda incesante de pruebas literarias que le acerquen a la verdad sociológica, al igual que los detectives de las novelas policíacas que reseña en el libro escudriñan indicios por banales que sean en pos de la resolución del crimen. Por eso no desdeña ninguna aportación que pueda venir fuera del campo de la sociología. “Los sociólogos nos equivocamos cuando tendemos a buscar exclusivamente las raíces de los conceptos sociológicos en los procesos de descubrimiento que tienen lugar en el interior del propio campo de la sociología” (p.38). Tal es el experimento de Ferrando Álvarez-Uría, el cual hace estallar los límites propios del campo de exploración sociológico al afirmar que “un buen ladrón es como un antropólogo urbano o un escritor, es decir, alguien que se adentra con la mente despejada en el espacio público y mira, observa y lo hace además discretamente, sin ser visto” (p.271).

El capítulo cuarto no desmerece de los anteriores en cuanto al uso de materiales literarios provenientes de las reflexiones en la búsqueda de un yo transcendental, para explicar un hecho de capital importancia para el devenir de la sociología, la configuración de las sociedades modernas y el modo en que somos sujetos. “*Psicoanalistas, filósofos, economistas, músicos, pintores, arquitectos, novelistas, dramaturgos, periodistas, activistas políticos, físicos, ...se dieron cita en los cafés vieneses para alumbrar desde la ciudad imperial una nueva cultura moderna centrada en el estudio y la disección del yo*” (p.221). La memoria es sustituida por la historia, y la psicología en su versión freudiana pasa a ocupar el espacio de la política. Álvarez Uría afirma que “Freud ninguneó la sociología de los sociólogos clásicos” (p.234). La Gran Guerra y el pesimismo antropológico subyacente hicieron que los individuos se replegaran sobre sí mismos y adoptaran “una moral al margen de la experiencia social” (p. 231). Herman Hesse, Stefan Zweig, Romain Rolland fueron los adalides de una visión estética de la vida, melancólica, reclusa en la búsqueda auténtica de la esencia humana. Valga un fragmento de los *Escritos autobiográficos* de Hesse para ilustrar esa idea del hombre al margen de la historia y de las relaciones sociales: “*El hombre que ha encontrado el valor de ser él mismo, y ha oído la voz de su propio destino no tiene ya el más mínimo interés en la política (...). Le preocupan otras cosas. Su ‘sentido propio’, como el profundo, grandioso y divino sentido propio de cada brizna de hierba está dirigido a su propio desarrollo y nada más*” (p.226). La predilección por los viajes iniciáticos a Oriente es una experiencia común de todos estos escritores. Hesse, en su libro *Viaje al Oriente*, define a este polo geográfico y de sentido, en contraposición a Occidente, como “(...) el conjunto de todos los tiempos” (p.227). La desaparición de la historia como el mejor medio de conocer el mundo ha sido sustituida por la estética, por la búsqueda poética de un mundo imaginario en el que resguardarnos de las contradicciones de la existencia, el yo como un refugio frente a la experiencia de vivir en un mundo despiadado.

El capítulo quinto trata sobre los itinerarios erráticos de un importante colectivo de trabajadores estadounidenses en los años veinte. Aquí, más que en los otros capítulos, nos encontramos con la emergencia del tiempo individual estrechamente ligado a los tiempos sociales que imponía la disciplina de la fábrica, las innovaciones del transporte, tanto del ferrocarril como del automóvil, y un gusto por el paisaje ligado a una

concepción estética próxima a vivencias a la intemperie, como el caso de los *hoboes*, jornaleros, trabajadores nómadas que combinaban trabajos temporales con tiempos de ocio y de desempleo. Jack London, escritor de aventuras y que vivió como un *hobo* y reflejó sus modos de vida, los define como “*trabajadores soñadores en busca de aventuras que viajan gratis en trenes de mercancías y de pasajeros y duermen al raso ajo las estrellas*” (p.253), lo que les procura tiempo para leer y soñar. Esta vida sin lazos sociales fuertes “(...) *les hace vivir en un mundo paralelo, un espacio de resistencia y oposición al orden establecido, lo que implicaba una moral propia, un lenguaje propio, gustos específicos, en suma, la formación tendencial de una contracultura*” (265). No obstante, muchos de los itinerarios biográficos de los *hoboes* desembocaron en el alcohol, las drogas y la cárcel, sin ser conscientes que su legítimo espíritu aventurero está sujeto a las imposiciones férreas de la lógica del capitalismo, por lo que su presunta libertad es la libertad del amo.

El capítulo sexto nos habla de las luchas de las mujeres que combatieron el fascismo y los modos de vida tradicionales en los que la mujer queda relegada del espacio público, no sin grandes controversias en el interior de este movimiento. *La Residencia de Señoritas*, y sobre todo el *Lyceum Club*, de carácter burgués, y la revista *Mujeres Libres*, que aglutinaba los intereses y las luchas del feminismo revolucionario de carácter eminentemente popular, “(...) convergieron a la hora de proporcionar a la categoría de género una centralidad en la observación social. Sociología y literatura contribuyeron por tanto a su manera a prestar apoyo a la revolución silenciosa protagonizada por las mujeres” (p. 289-290). Clara Campoamor, prototipo del feminismo burgués, adquiere una relevancia especial en este capítulo dedicado a las mujeres, sobre todo porque estaba próxima al reformismo social republicano, alejada por tanto de planteamientos cercanos a la lucha de clases y a la acción directa propugnada por comunistas y anarquistas. En su libro, “La revolución española vista por una republicana”, acusa a los militares golpistas, a los movimientos populares revolucionarios e incluso a los gobiernos republicanos de *yugular* La República. Fernando Álvarez Uría destaca este hecho porque es consciente de que los antagonismos políticos irreconciliables, llevados por la pasión y el ánimo de destrucción del contrario, se fundan al igual que las religiones en una moral heterónoma, lo que hace inviable una moral basada en la justicia y el respeto de los derechos humanos. Y aunque las innovaciones y los acontecimientos históricos y sociales conforman marcos sociales que contribuyen a delimitar el perímetro de nuestras reflexiones, nuestras elecciones y nuestras acciones, no es menos cierto que la creación de una moral acorde a las exigencias democráticas requiere de una reflexión sociológica que abandone el carácter inamovible de nuestras ideas y de nuestros valores, recurriendo a experiencias históricas pasadas, “pues en cada debate y en cada situación los hábitos adquiridos entran en juego, se actualizan, y están sujetos a matices, cambios y remodelaciones” (p.329).

Fernando Álvarez-Uría nos proporciona un mapa sociológico a modo de guía a través de los textos literarios que nos presenta, para no perdernos en la vana y hueca supuesta autonomía del campo literario, y muestra que los tiempos y los espacios sociales en los que transcurren los acontecimientos, incluidos los literarios, no son más que proyectos que buscan sustanciar un sistema de valores propios. La literatura, en este sentido, puede aportar a la sociología los mimbres de la imaginación y de la ficción que le son propios, siempre y cuando se tenga presente que esos tiempos y espacios sociales por donde transcurre la narración literaria no son entelequias metafísicas, sino categorías sociales que hacen posible la propia descripción y la valoración que la acompaña, contribuyendo a avanzar propuestas éticas tanto en cuanto puedan ser imaginadas, es decir, puedan ser objeto de crítica y de discusión racional, y por tanto puedan ser de nuevo retomadas por la literatura y la sociología a la luz de nuevos acontecimientos.

Para terminar, me gustaría concluir con una breve valoración de este apasionado estudio. *Sociología y literatura, dos observatorios de la vida social* no solo es un libro que nos ayuda a los sociólogos a leer las obras literarias de otro modo, sin renunciar a la sensibilidad sociológica, sino que plantea a la vez a escritores y literatos la necesidad de un mayor esfuerzo de reflexividad. Sociólogos y escritores somos invitados a avanzar juntos por la senda de la búsqueda de la verdad. La cuestión de la formación de la unidad nacional, la cuestión de la formación de una moral laica, la cuestión de la seguridad de las familias, la cuestión del repliegue de los individuos en un mundo interior, la cuestión del paro y el trabajo precario, la cuestión de la emancipación de las mujeres, en fin, el cuestionamiento de las instituciones totales adquiere sin duda un nuevo sentido a la luz de las producciones literarias. En este sentido se podría afirmar que en el interior de las relaciones complejas entre sociología y literatura acaba de nacer una nueva vía de indagación que dota a las investigaciones sociales de una gran plasticidad y riqueza. Las palancas para impulsar la imaginación sociológica cuentan ahora con nuevos puntos de apoyo, y, a pesar de la pandemia generada por el covid, la historia continúa.

Autor: Juan José Ruiz Blázquez. Doctor en Sociología UCM